

mendationis; quod si utrum que iungitur et morum pravitas et fidei ob ignerationem defectio, vix erit medicinaelocus, patetque ad ruinam via.

Quum igitur ex ignorantia religionis tam multa tamque gravia deriventur damna; alia vero ex parte, quum tanta sit religiosae institutionis necessitas atque utilitas, frustra enim christiani hominis officia impleturus speratur qui illa ignoret: iam ulterius inquirendum venit, cuius demum sit pernitiosissimam hanc ignorantiam cavere mentibus, adeoque necessaria scientia animos imbuere.— Quae res, Venerabiles Fratres, nallam habet dubitationem: gravissimum namque id munus ad omnes pertinet, quotquot sunt animarum pastores. Hi sane, ex Christi praecepto, creditas sibi oves agnoscere tenentur ac pascere; autem hoc primum est, docere; *Dabo vobis*, sic nempe Deus per Ieremiam promittebat, *pastores iuxta cor meum, et pascent vos scientia et doctrina* (1). Unde et Apostolus Paulus aiebat: *Non . . . misit me Christus baptizare, sed evangelizare* (2), indicans videlicet primas eorum partes, qui regendae aliquo modo Ecclesiae sunt positi, esse in instituendis ad sacra fidelibus.

Cuius quidem institutionis laudes persequi supervacaneum ducimus, quantique ea sit apud Deum ostendere. Certe miseratio, quam pauperibus ad levandas angustias tribuimus, magnam a Deo habet laudem. At longe maiorem quis neget habere studium et laborem, quo, non fluxas corporibus utilitates, sed aeternas animis docendo monendoque conciliamus? Nihil profecto optatius, nihil gratius queat Iesu Cristo animarum

1. Ier. iii, 15.

2. I. Cor. i, 17.

qui no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavia queda esperanza de que se enmiende y sane la corrupción de costumbres; mas cuando la ignorancia se junta á la depravación, ya no queda espacio para el remedio, sino abierto el camino de la ruina.

Puesto que de la ignorancia de la religión proceden tantos y tan graves daños y, por otra parte, son tan grandes la necesidad y la utilidad de la doctrina religiosa, ya que, desconociéndola, en vano sería esperar que nadie pueda cumplir las obligaciones de cristiano, conviene saber ahora á quien compete preservar á las almas de esta perniciosa ignorancia é instruirlas en ciencia tan indispensable. Lo cual Venerables Hermanos, no ofrece dificultad alguna, porque ese trascendental cometido recae en los pastores de almas. Estos, efectivamente, se hallan obligados por precepto del mismo Cristo á conocer y apacentar las ovejas que les están encomendadas. Apacentares, ante todo, adoctrinar. «*Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina*.» Así hablaba Jeremias, inspirado por Dios; por lo cual decía el apostol San Pablo: *No me envió Cristo á bautizar, sino á predicar*, advirtiendo así que el principal ministerio de cuantos ejercen de alguna manera el gobierno del a Iglesia, consiste en enseñar á los fieles la ciencia sagrada.

Inútil Nos parece aducir nuevas pruebas de la excelencia de este ministerio y la estimación que de él hace Dios. Cierto es que Dios alaba grandemente la misericordia que nos mueve á procurar el alivio de las humanas miserias ¿mas quién negará que han de colocarse muy por encima de ella el celo y trabajo, mediante los cuales el entendimiento recibe las enseñanzas y consejos referentes, no á las necesidades terrenas,

servatori accidere, qui de se per Isaiam profetatus est: *Evangelizare pauperibus misit me* (1).

Hic tamen praestat, Venerabiles Fratres, hoc unum consecutari atque urgere, nullo sacerdotem quemlibet graviori officio teneri, nullo arctiori nexu obligari. Etenim in sacerdote ad vitae sanctimoniam debere scientiam adiici, quis negat? *Labia . . . sacerdotis custodient scientiam* (2). Atque illam reapse severissime Ecclesia requirit in iis qui sint sacerdotio initiandi. Quorsum id vero? Quia scilicet ab eis divinae legis notitiam christiana plebs expectat, illosque ad eam impertinendam destinat Deus: *Et legem requirent ex ore eius: quia angelus Domini exercituum est* (3). Quamobrem Episcopus, in sacra initiatione, sacerdotii candidatos alloquens: *Sit, inquit, doctrina vestra spiritualis medicina populo Dei; sint providi cooperatores ordinis nostri; in lege sua die ac nocte meditantes, quod legerint credant, quod crediderint doceant* (4).

Quod si nemo est sacerdos, ad quem haec non pertineant, quid porre de illis censemus, qui, nomini ac potestate curionum aucti, animarum rectoris munere, vi dignitatis et quadam quasi pacto inito, funguntur? Hi quodammodo pastorum et doctoribus sunt accensendi, quos dedit Christus ut fideles iam non sint parvuli fluctuantes, et circumferantur omni vento doctrinae in nequitia hominum; veritatem autem facientes in caritate, crescent in illo per omnia, qui est caput Christus (5).

Quapropter sacrosancta Tridentina Synodus,

1. Luc. iv, 18.

2 Malach. ii, 7.

3 Ib.

4 Pontif. Rom.

5 Ephes. iv, 14-15.

sino á los bienes celestiales? Nada puede ser más grato á Jesucristo, salvador de las almas, que dijodesípropio por el Profeta Isaías: "Me ha enviado á evangelizar á los pobres."

Importa mucho, Venerables Hermanos, insistir para que entiendan bien todos los sacerdotes que no hay para ellos obligación mas grande y deber más estrecho que éste. Porque ¿quién negará que en el sacerdote han de unirse la ciencia y la santidad de vida? «En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia.» Y, en efecto, la Iglesia lo exige rigurosamente de cuantos aspiran á ingresar en el sacerdocio. Y esto ¿por qué? Porque el pueblo cristiano espera recibir del sacerdote la enseñanza de la divina ley y porque Dios le destina para propagarla. «De su boca se ha de aprender la ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos.» Por lo cual, en las Sagradas Ordenes, el Obispo dice, dirigiéndose á los que van á ser constituidos sacerdotes: "Que vuestra doctrina sea el remedio espiritual para el pueblo de Dios, y los cooperadores de nuestro orden sean previsores, para que, meditando día y noche acerca de la ley, crean lo que han leído y enseñen lo que han creído."

Si no hay sacerdote alguno á quien no correspondan éstas obligaciones, ¿cuáles no serán las de aquellos que por el nombre y autoridad que ostentan, y por su misma dignidad tienen á su cargo, y como por contrato, la cura de almas? Estos han de ser puestos en algún modo en el rango de los pastores y doctores que Jesucristo dió á los fieles "para que no sean como niños fluctuantes, ni se dejen llevar de aquí y allá de todos los vientos de opiniones por la malignidad de los hombres. . . . antes bien, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayan crecién-

de animarum pastoribus agens, officium eorum hoc primum et maximum esse edicit, christianam plebem docere (1). Hinc iubet illos, dominicis saltem diebus festisque sollemnioribus, de religione ad populum dicere. sacri vero Adventus tempore et Quadragesimae quotidie, vel saltem ter in hebdomada. Neque id modo; addit namque teneri parochos, eisdem saltem dominicis festisque diebus, per se vel per alias, in fidei veritatibus erudire pueros, eosque ad obedientiam in Deum ac parentes instituere. Quum vero sacramenta fuerint administranda, praecipit, ut qui sunt suscepturi, de eorumdem vi, facili vulgarique sermone, doceantur.

Quas sacrosantae Synodi praescriptiones Benedictus XIV decessor Noster, in sua Constitutione *Etsi minime*, sic brevi complexus est ac distinctius definivit: *Duo potissimum onera a Tridentina Synodo curatoribus animarum sunt imposita, alterum, ut festis diebus de rebus divinis sermones ad populum habeant; alterum, ut pueros et rudiores quosque divinae legis fideique rudimentis informent.* —Iure autem sapientissimus Pontifex duplex hoc officium distinguit, sermonis videlicet habendi, quem vulgo Evangelii explicationem vocant, et christianaे doctrinae tradendae. Non enim fortasse desint qui, minuendi laboris cupidi, persuadeant sibi homiliam pro catechesi esse posse. Quod quam putetur perperam, consideranti patet. Qui enim sermo de sacro Evangelio habetur, ad eos instituitur, quos fidei elementis imbutos iam esse oportet. Panem dices, qui adultis frangatur. Catechetica e contra institutio lac illud est, quod Petrus Apostolus

1 Sess. v, cap. 2 de ref.; Sess. xxii, cap. 8; Sess. xxiv, cap. 4 et 7 de ref.

do en Cristo que es nuestra Cabeza."

Por lo cual, el Sacrosanto Concilio de Trento, hablando de los pastores de almas, juzgó que la primera y mayor de sus obligaciones era la de enseñar al pueblo cristiano. Dispuso, en consecuencia, que por lo menos los domingos y fiestas solemnes dieran al pueblo la instrucción religiosa y durante los santos tiempos de Adviento y cuaresma siquiera tres veces por semana. Ni esto es todo; porque añade el Concilio que los párocos están obligados, cuandomenos los Domingos y días de fiesta, á enseñar, por si ó por otros, á los niños las verdades de la fe y la obediencia que deben á Dios y á sus padres y les manda asimismo que cuando hallan de administrar algún sacramento instruyan en su virtud á los que van á recibirlo, explicándola en lengua vulgar y de manera acomodada á su inteligencia.

En su constitución "Etsi minime:" Nuestro Predecesor Benedicto XIV resumió estas prescripciones y las determinó claramente, diciendo: "Dos obligaciones impone principalmente el Concilio de Trento á los pastores de almas:" una, que todos los días de fiesta hablen al pueblo acerca de las cosas divinas; otra, que enseñen á los niños y á los ignorantes los elementos de la ley divina y de la fe." Justamente distingue éste sapientísimo Pontífice el doble ministerio, á saber, la predicación, que habitualmente se llama explicación del Evangelio, y la enseñanza de la doctrina cristiana. Acaso no falten sacerdotes que, deseosos de ahorrarse trabajo, crean que con las homilias satisfacen la obligación de enseñar el catecismo. Quien quiera que reflexione, descubrirá lo erróneo de ésta opinión; porque la predicación del Evangelio está destinada á los que ya poseen los elemen-

concupisci sine dolo a fidelibus volebat, quasi a modo genitis infantibus.... *Hoc scilicet catechistae munus est, veritatem aliquam tractandam suscipere vel ad fidem vel ad christianos mores pertinentem, eamque omni ex parte illustrare: quoniam vero emendatio vitae finis docendi esse debet, oportet catechistam comparationem instituere ea inter quae Deus agenda praecipit quaeque homines reapse agunt; post haec exemplis opportune usum, quae vel e Scripturis sacris, vel ex Ecclesiastica historia, vel e sanctorum virorum vita sapienter hauserit, suadere auditores eisque, intento veluti digito, commonstrarare quo pacto componant mores; finem denique hortando facere, ut qui adstant horreant vitia ac declinent, virtutem sectentur.*

Scimus equidem eiusmodi tradendae christianaæ doctrinae munus haud paucis invidiosum esse, quod minores vulgo aestimetur nec forte ad popularem laudem captandam aptum. Nos tamen hoc esse iudicium eorum censemus, qui levitate magis quam veritate ducuntur. Oratores profecto sacros, qui, sincero divinae gloriae studio, vel vindicandæ tuendaeque fidei, vel Sanctorum laudationibus dent operam, probandas esse non recusamus. Verum illorum labor laborem alium prævium desiderat, scilicet catechistarum; qui si deest, fundamenta desunt, atque in vanum laborant qui aedificant domum. Nimirum saepe orationes ornatissimæ, quæ confertissimæ concionis plausu excipiuntur, hoc unum assequuntur ut pruriant auribus; animos nullatenus movent. *E contra catechetica institutio, humili quamvis et simplex, verbum illud est, de quod Deus ipse testatur per Isaiam:*

tos de la fe, y viene á ser como el pan que debe darse á los adultos; mas, por el contrario, la enseñanza del Catecismo es aquel alimento de que el Apóstol San Pedro quería que todos estuviesen ávidos con sencillez, como niños recién nacidos. Este oficio de catequista consiste en elegir algunas de las verdades relativas á la fe y las costumbres cristianas y exponerlas y explicarlas en todos sus aspectos. Y como el fin de la enseñanza es la perfección de la vida, el catequista ha de comparar lo que Dios mandó obrar y lo que los hombres hacen realmente, después de lo cual y habiendo sacado oportunamente algún ejemplo de la Sagrada Escritura, de la Historia de la Iglesia, ó de las vidas de los santos, ha de aconsejar á su auditorio y como señalarle con el de lo la norma á que debe ajustarse la vida, y terminará exhortando á los presentes á huir de los vicios y practicar la virtud.

No ignoramos, en verdad, que el oficio de enseñar la doctrina cristiana no es grato á muchos, que lo estiman en poco y acaso como impropio para conseguir la alabanza popular así y todo, entendemos que semejante juicio pertenece á los que se dejan llevar de la ligereza más que de la verdad. Ciertamente, no negamos la aprobación debida á los oradores sagrados que, movidos del sincero deseo de la gloria divina, se emplean en la defensa y reivindicación de la fe, ó en hacer el panegírico de los santos; pero su labor requiere otra preliminar, la de los catequistas, pues faltando ésta, no hay fundamento y en vano se fatigan los que edifican la casa. Harto frecuente es que floridos discursos, recibidos con aplausos por nutridas asambleas, solo sirvan para halagar el oido y no commuevan las almas. En cambio la enseñanza

Quomodo descendit imber, et nix de coelo, et illuc ultra non revertitur, sed inebriat terram et infundit eam, et germinare eam facit, et dat semen serenti, et panem comedenti: sic erit verbum meum quod egredietur de ore meo: non revertetur ad me vacuum, sed faciet quaecumque volui, et prosperabitur in his, ad quae misi illud(1)

Similiter arbitrandum putamus de sacerdotibus iis, qui, ad religionis veritates illustrandas, libros operosos conscribunt: digni plane qui ideo commendatione multa exornentur. Quotus tamen quisque est, qui eiusmodi volumina verset, fructumque inde hauriat auctorum labori atque optatis respondentem? Traditio autem christiana doctrinae, si rite fiat, utilitatem audientibus nunquam non affert.

Eenim (quod ad inflammandum studium ministrorum Dei iterum advertisse iuverit) ingens modo eorum est numerus atque in dies augetur qui de religioni omnino ignorant, vel eam tantum de Deo christiana que fidei notitiam habent, quae illos permittat, in media luce catholicae veritatis, idolatrarum more vivere. Quam multi eheu! sunt, non pueros dicimus, sed adulta, quin etiam devexa aetate, qui praecipua fidei mysteria nesciant prorsus; qui Christi nomine auditio, respondeant: *Quis est, . . . ut credam in eum* (2) Hinc odia inarios struere ac nutrire, pactiones conflare iniquissimas, dishonestas negotiorum procurationes gerere, aliena gravi foenore occupare, aliaque id genus flagitiosa haud sibi vitio ducunt. Hinc Cristi legem ignorantes, quae non modo turpia damnat facinora, sed vel ea cogitare scienter atque optare, et si forte, qualibet

1 Is LV, 10, 11.

2 Ioan. IX, 36.

catequística, aunque sencilla y humilde, merece que se le apliquen estas palabras que dijo Dios por Isaías: "Al modo que la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, y la penetra y la fecundan á fin de que dé simiente que sembrar y pan que comer, así será de mi palabra salida de mi boca no volverá á mí vacía, sino que obrará todo aquello que yo quiero, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envié" El mismo juicio ha de formarse de aquellos sacerdotes que para mejor exponer las verdades de la religión publican eruditos volúmenes, motivo por el cual son dignos, ciertamente, de copiosa alabanza; sin embargo, cuán corto es el número de los que consultan las obras de esta índole y sacan de ellas el fruto que corresponda á los deseos y fatigas del autor! Mas la enseñanza de la doctrina cristiana, si se hace como debe hacerse, nunca es inútil para los que la escuchan.

Conviene repetirlo para inflamar el celo de los ministros del Señor: ya es crecidísimo, y aumenta cada dia más el número de los que todo lo ignoran en materia de religión, ó tienen de Dios y de la fe cristiana concepto tal que en plena luz de verdad católica, les permite vivir como paganos. ¡Ay! Cúan grande es el número, no solo de niños, sino adultos y hasta de ancianos encorbados por la edad, que ignoran absolutamente los principales misterios de la fe, y oyendo el nombre de Cristo responden: "¿Quién es para que yo crea en El?" De ahí el que tengan por lícito forjar y mantener odios contra el prójimo hacer contratos inicuos, explotar negocios infames, hacer préstamos usurarios y constituirse en reos de otras prevaricaciones semejantes. De ahí que, ignorantes de la ley de Cristo que no

demum de causa, obsecenis voluptatibus fere abstinent, inquinatissimas tamen cogitationes, nulla sibi religione iniecta, suscipiunt, iniquitates super capillos capitis multiplicantes.—Haec porro, iterasse iuvat, non in agris solum vel inter miseram plebeculam occurunt, verum etiam ac forte frequentius inter homines amplioris ordinis, atque adeo apud illos quos inflat scientia, qui vana freti eruditione religionem ridere posse autumant et *quaeunque quidem ignorant, blasphemant* (1).

Iam, si frustra seges e terra speratur quae semen non exceperit, qui demum bene moratas progenies expectes, sinon tempore fuerint christiana doctrinae institutae? Ex quo colligimus iure, quum fides id aetatis usque eo languerit ut in multis pene sit inter mortua, sacrae cateschesis tradendae officium vel negligentius persolvi, vel praetermitti omnino. Perperam enim ad habendam excusationem quis dixerit, esse fidem gratuito munere donatam nobis atque in sacro baptismate cuique inditam. Evidem utique quotquot in Christo baptizati sumus fidei habitu augemur; sed divinissimum hoc semen non *ascendit . . . et facit ramos magnos* (2) permisum sibi ac veluti virtute insita. Est et in homine, ad exortu, intelligendi vis; ea tamen materno indiget verbo, quo quasi excitata in actum, ut aiunt, exeat. Haud aliter christiano homini accidi, qui, renascens ex aqua et Spiritu Sancto, conceptam secum affert fidem: eget tamen Ecclesiae institutione, ut ea ali augerique possit fructumque ferre. Idecirco Apostolus scri-

1 Iud. 10

2 Marc. IV, 32.

solo prohíbe toda acción torpe, sino el pensamiento voluntario y el deseo de ella, muchos que por algún motivo, se abstienen de los placeres vergonzosos, alimentan en sus almas los pensamientos más perversos y hacen el número de sus iniquidades mayor que el de los cabellos de su cabeza. Conviene repetir que estos vicios no se hallan solamente entre la gente ruda del campo y el pueblo bajo de las ciudades, sino también, y acaso con más frecuencia, entre hombres de otra categoría, incluso los que se envaneцен de su saber y, apoyados en una vana erudición pretenden burlarse de la religión y "blasfeman de todo lo que no conocen."

Si es cosa vana esperar cosecha en tierra que no se ha sembrado ¿cómo pueden esperarse generaciones adornadas de buenas obras si oportunamente no han sido instruidas en la doctrina cristiana? De donde inferimos justamente que, si la fe languidece en nuestros días á tal grado que en muchos sujetos parece casi muerta, es porque se ha cumplido descuidadamente ó se ha omitido del todo la obligación de enseñar las verdades contenidas en el Catecismo. Inútil sería decir, para hallare excusa, que la fe nos ha sido dada gratuitamente y conferida á cada uno en el bautismo. Porque, ciertamente, cuando hemos sido bautizados en Jesucristo, fuimos enriquecidos con la posesión de la fe; mas esta divina semilla no llega á "crecer y echar grandes ramas," si queda abandonada á sí misma y á su nativa virtud. Tiene el hombre, desde que viene á este mundo, facultad de entender; mas esta facultad necesita la excitación de la palabra materna para convertirse en acto, como suele decirse en las escuelas, y esto precisamente le sucede al hombre cristiano, que al renacer por el agua y el Espíritu Santo, trae como en gér-